

LIBROS

Rapsodia de la precariedad

CRITICA Raquel Taranilla deslumbra con su primera novela, 'Noche y océano'

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

En el 2015 publicó Raquel Taranilla un libro impresionante, *Mi cuerpo también*, sobre su experiencia de enferma de cáncer. No era un mero testimonio sino un crónica minuciosa y un análisis sereno del durísimo proceso de la enfermedad y de los efectos somáticos y psicológicos de su tratamiento. Cinco años después ha obtenido el premio Biblioteca Breve con su primera novela, *Noche y océano*, y en ella quedan trasvasadas y magnificadas las virtudes de aquel ensayo. Ante este debut narrativo, y pensando en escritoras como Marta Sanz, Cristina Morales, Aixa de la Cruz o Marina Perezagua (ípero son mu-

chas más!) es difícil evitar la impresión de que el presente literario, de un criticismo que escuece, es femenino.

La palanca de arranque de la trama, el robo en el cementerio berlinés de Sathnsdorf de la cabeza del cineasta F. W. Murnau y el misterio sobre la identidad y motivos del profanador, es un burladero. Porque lo que interesa a Taranilla no es armar un *thriller* con su revelación paulatina del enigma, sino algo que trasciende los protocolos de un género literario: desnudar la sociedad de la sobreinformación que nos empequeñece, señalar acusadoramente la trivialización y mercantilización de la cultura, retratar la desoladora precariedad profesio-



RICARD CUGAT

►► La escritora Raquel Taranilla, en febrero en Barcelona.

nal, económica y existencial de muchos profesores universitarios, perdidos en un laberinto llamado «carrera académica» del que ya no pueden ni saben salir.

Es lo que le ocurre a la narradora, Beatriz Silva, experta en sociología del turismo, autora de cuarenta y tantos *papers* cuyo sentido, de pronto, se le desmorona: para qué toda esta verbosidad fuera que nadie va a leer. A sus 32 años, habiendo culmina-

do en años de duro quehacer académico la cima de la precariedad, se siente vencida y se rinde. La propietaria de la casa en que vive de alquiler le anuncia que su amigo Quirós se instalará con ella durante un tiempo: se trata de un friki apasionado con la obra de Murnau que prepara un documental sobre el rodaje en la Polinesia de su último film, *Tabú*. Quirós, con su compañía impuesta e intermitente, va a ser un

objeto de deseo, a la vez que un ejemplo de cómo obsesionarse con una investigación que a casi nadie interesa.

Pero, como he dicho, la trama sobre Murnau funciona como bastidor de una escritura torrencial, centrífuga, que atrae todos los asuntos que pasan por su órbita, de una prosa bulímica, enmarañando y enmarranando (la palabra es suya) todo cuanto arrastra. Esta errancia discursiva, con algo de síndrome de Diógenes de los datos, es una imagen cabal del modo en que nos movemos en un universo hipersaturado de información. Taranilla ironiza sobre ello y provoca al lector para que él también se lance (a internet) a pescar ciertos datos.

En la fragua de *Noche y océano* hay muchos años de empeño y una tupida e irónica urdimbre de *links* culturales en la que brilla la autoconsciencia de la autora y su imperiosa necesidad de ajustar cuentas. Nada personal, más bien generacional, aunque el talento resplandeciente sea solo suyo. ≡

► **NOCHE Y OCEANO**
Raquel Taranilla
Seix Barral
424 págs. 20,90 €



Un modo de leer todo el universo

CRITICA Yuri Herrera viaja a otros mundos en 'Diez planetas'

RICARDO BAIXERAS

Yuri Herrera (Actopan, México, 1970) es un escritor exacto en la exploración de mundos alternativos y vidas de personajes insólitos que en numerosas ocasiones andan ocupados y preocupados por el asombro que lo asola.

Estos diez planetas para los que Herrera ha diseñado un libro unitario en forma de relatos con un mismo aire de familia viene a decir a las claras que ese asombro no depende de un diseño exterior, intergaláctico, terrorífico o plagado de seres inimaginables, adscritos todos cómodamente a lo que queremos llamar ciencia ficción o literatura distópica. Haberla en *Diez pla-*

netas, hayla. Pero ahí no está el quid de la cuestión. No. La extrañeza en Herrera anida en el interior del lenguaje, en cómo mirar de una manera compleja la sencillez de la cotidianidad, que se convierte en cifra de algo más, y en cómo abordamos la lectura de unos relatos que más que nunca dibujan una lógica temporal muy similar. Se abandona el mundo conocido con la pretensión de escrutar y encontrar horizontes insólitos y raros cuyo futuro se convierte en presente, una cercanía que cada uno de estos relatos inscribe en una búsqueda lingüística. Por eso se pueden buscar «tesoros inimaginables... a través de la nariz», convertida de súbito en una gramática, en un modo de leer todo el universo.

En todos los relatos el asedio decisivo no es extraterritorial, aunque aparezca la pretensión de conquistar un territorio virgen, lejano o insólito, sino afinado en la propia soledad, cifra de ausencias con las que tienen que lidiar unos personajes ubicados en la frontera que anuda lo finito con lo infinito. ≡

► **DIEZ PLANETAS**
Yuri Herrera
Periférica
136 páginas
15,50 €



periféricos y consumibles

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

Eso de escribir

En uno de los relatos recogidos por **Borges y Bioy Casares** (*mon semblable, mon frère*) en su antología *Los mejores relatos policíacos* (1951), puede leerse una frase en la un personaje afirma: «Dime una frase de diez o doce palabras (...) y te armaré una cadena de conclusiones lógicas que ni soñaste al construir la frase». El relato se titula *Nueve millas bajo la lluvia* y su autor es **Harry Kemelman**. Siempre he leído esta frase con la prevención de no saber muy bien si era un elogio de la lógica de los posibles narrativos (**Bremond** y demás, ya saben), una alabanza del escepticismo o, simplemente, una muestra de la inanidad de la escritura, para unos, o de su valor, para otros.

Escribir es porque sí. El que escribe va a la escritura con esas diez o doce palabras –son siempre las mismas, vienen desde el recóndito origen de nuestra especie– como un **Arquímides** con la hybris desatada, diciendo «dadme diez palabras y moveré el mundo». La escritura se convierte en un descampado en el que alguien ha colocado

un cartel que dice *prohibido tirar flores y escombros*, pero en el que se vierten, con disimulo, los restos del trabajo de decoración de interiores y del proyecto de arquitectura que lo sustentó, y las zozobras completas (lo dijo **Krahe**) de la mente pura y excelsa de ese **Charlie Kaufman** que todos llevamos dentro tratando



Bradbury decía que hay que lanzarse al precipicio y que las alas se construyan a medida que uno cae

de adaptar nuestro propio guion y el mundo real, *the fucking real world*, de su airado falso **Robert McKee**, y los excesos del yo (dividido, diseminado, múltiple) con las cargas de la historia, «esa gran puta», como dijo **Jesús Munárriz** en un verso.

La escritura es una forma de resistencia. Luego, la circulación social de esa escritura, la literatura como espacio de cultura, va testando en cada uno, como una asignatura siempre por aprobar, esta resistencia de materiales hasta convertirnos en periféricos o consumibles, de alguna forma un eco de aquellos pretéritos apocalípticos e integrados. Escribir por contagio, escribir para el lector con mascarilla, hacer una literatura infecciosa. Salvar(se), de alguna manera. Como pretendió **DFW**, como hace **Lorrie Moore**. **Bradbury** decía que hay que lanzarse desde el precipicio y que las alas se vayan construyendo a medida que uno cae. Hay que darle a la mano y a la boca el placer de poder equivocarse. Esto ya lo digo yo. ≡